
RESEÑAS

LA CORRESPONDENCIA TOCQUEVILLE - MILL

Gonzalo Cataño¹

Universidad Pedagógica Nacional

I

El Fondo de Cultura Económica de México ha publicado las cartas de Alexis de Tocqueville y John Stuart Mill en un volumen de elegante y atractivo formato. La edición lleva el año de 1985, fecha que parece insinuar un discreto recuerdo de los 180 años de nacimiento del autor de *La democracia en América*. El libro contiene 36 cartas, contando entre ellas la reseña de un libro inglés sobre Francia y un apéndice donde se registra el interés del príncipe Albert —el llorado esposo de la reina Victoria— por la figura del pensador francés. Todo esto viene precedido de un agudo ensayo de Sainte-Beuve, el maestro de la crítica literaria de mitad del siglo XIX, sobre la personalidad y obra de Alexis de Tocqueville, su contemporáneo².

No obstante la hermosa factura del volumen, el tomo presenta ausencias, descuidos e imprecisiones. La casa editora es consciente de algunas de ellas. En una fe de erratas, adicionada al texto, el encargado de la edición ofrece disculpas por la falta de la *c* que precede a la *q* del *Toqueville* que aparece en la portada y lomo del libro. Con gracia apunta que ello se debe al “excesivo trabajo” y a los “apremios propios de la estación [el verano]”, y que si bien “es una errata suficientemente ligera como para de-

-
- 1 Sociólogo de la Universidad Nacional de Colombia y magister en educación de la Universidad de Stanford (USA). Autor de *La sociología en Colombia* (1986) y de *Educación y estructura social* (1989).
 - 2 A. de Tocqueville y J. S. Mill, *Correspondencia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1985, 143 páginas. Traducción de Hero Rodríguez Toro. Las páginas citadas en el texto remiten a esta edición.

jarla pasar”, es “lo bastante desagradable como para dejarla sin advertencia [y] sin disculpa”. Pero este no es el único descuido de alguna consideración. ¡En las páginas 138-139 aparece —por ejemplo— una carta de Tocqueville de octubre 10 de 1856 contestando a una de Mill de diciembre 15 del mismo año!

Pero las ausencias e imprecisiones son todavía mayores. No es claro de dónde proceden las cartas. En un engañoso “aviso al lector” en la página 26, se afirma que “Beaumont había publicado solamente nueve cartas de Tocqueville a Mill”. Y a continuación se dice que “nuestras referencias remiten a los volúmenes de esa edición”. ¿Qué edición? Salvo para el caso del ensayo “Estado social y político de Francia antes y después de 1789”, al cual se alude en una de las cartas, en todo el libro no se encuentra una ficha bibliográfica precisa que indique la publicación de las obras de Tocqueville. Además, en lugar alguno se informa al lector quién fue el señor Beaumont ni qué fue lo que editó y publicó. Ahora, si algunas cartas se extrajeron de Beaumont, ¿de dónde se tomaron las demás? ¿De los archivos de Mill? ¿De los de Tocqueville? ¿De las *Oeuvres complètes* de Tocqueville publicadas por el infatigable J. P. Mayer y sus colaboradores en nuestros días? El lector tampoco es advertido sobre la procedencia de las notas de pie de página que aparecen en el volumen. ¿Pertenecen al editor mexicano? ¿Al tan mencionado señor Beaumont? ¿A los editores del siglo XX de Tocqueville? ¿A unos y a otros? Ninguna de estas cosas es clara para quien estudia la *Correspondencia* Tocqueville-Mill publicada por el Fondo de Cultura Económica.

Los editores mexicanos podrían argüir que estas dudas se aclaran con la lectura del texto de Sainte-Beuve que antecede a las cartas. Pero esto no es verdad. El conocido crítico está reseñando una obra en dos volúmenes publicada por un tal Gustave de Beaumont, cuyo título y fecha de publicación no aparecen por parte alguna. No se registra tampoco la fecha del ensayo de Sainte-Beuve, excelente en sí mismo como perfil del autor de *La democracia en América*, pero que nada tiene que ver con el contenido preciso del libro: la relación Tocqueville-Mill. Sainte-Beuve, por lo demás, no menciona al pensador inglés en todo su escrito y no tenía por qué hacerlo: no era su asunto. En suma, si el lector no tiene información sobre la vida de Tocqueville, o de Mill, se verá irremediamente perdido. No comprenderá de qué hablaban estos amos del pensamiento liberal del siglo XIX, pues los editores se han guardado toda información al respecto. Nada le dicen a los potenciales usuarios de la *Correspondencia* sobre el encuentro Tocqueville-Mill y todavía menos sobre su amistad

o sobre sus afinidades y disensiones en materia intelectual. Nunca se había hecho tan necesario un prólogo a un libro extranjero³.

Si la traducción parece en general correcta, ella no está exenta de brusquedades. El lector encuentra con frecuencia construcciones ásperas que se hubieran podido corregir sin dificultad, hecho que sugiere que los originales fueron leídos con fugitiva prontitud. Quizá ello también sea fruto de las consecuencias imprevistas de los "apremios propios de la estación". En la página 50 se lee por ejemplo: "Sin embargo os diré que hay en el artículo algo que me ha *placido*..."; en la 84: "Este estudio condujo al autor a juzgar, *según yo*...", y en la 138: "Soy un gran *apreciador* de vuestro espíritu...". Es posible que algunos de estos vocablos y giros los permita el diccionario y la gramática, pero creo que todos estaríamos de acuerdo en afirmar que carecen de gracia y de distinción y que al final son francamente toscos e inelegantes. Estas anotaciones cobran todavía más fuerza cuando se recuerda que tanto Tocqueville como Mill fueron siempre muy cuidadosos en lo relacionado con la forma y el estilo. En calidad de escritores con sensibilidad literaria, uno y otro sabían que en asuntos de traducción "nada causa una pesadumbre mayor a un autor que el verse en un espejo infiel" (p. 67).

3 Sin pretensiones de ser un especialista en Tocqueville, respondamos algunas de estas dudas. Gustave de Beaumont (1802-1866) fue el compañero de toda la vida de Tocqueville. Con él viajó a Norteamérica en 1831 y 1832 y con él publicó el libro *El sistema penitenciario en los Estados Unidos y su aplicación en Francia*, en 1833. Después de la muerte de su amigo, Beaumont publicó —con la ayuda de la viuda de Tocqueville— un conjunto de cartas y de textos sueltos bajo el título de *Oeuvres et correspondance inédites d'Alexis de Tocqueville*, París, ¿1860?, 2 Vols.

El libro de Beaumont fue reseñado por Sainte-Beuve en dos entregas de sus populares "Charlas del lunes" del periódico parisino *Le Moniteur*. La primera data de diciembre 31 de 1860 y la segunda de enero 7 de 1861 (véase C. A. Sainte-Beuve, *Causeries du lundi*, París, Garnier Frères, s.f., T. 15, pp. 93-121). El texto que los editores mexicanos han puesto al frente de la *Correspondencia*, es la vieja traducción refundida —y bastante resumida— de los dos "Lunes" del crítico francés traducidas a finales del siglo XIX por N. Stévanez (véase Sainte-Beuve, *Juicios y estudios literarios*, Garnier Hermanos, París, 1899, pp. 255-277). Es evidente que las notas aclaratorias que acompañan la *Correspondencia* pertenecen a los editores modernos de las *Oeuvres complètes* de Tocqueville, pero dadas las limitaciones y carencias de las bibliotecas colombianas, no hemos podido constatar el tomo —o los tomos— de donde fueron extractadas las cartas.

Tocqueville conoció a Mill en su segundo viaje a Inglaterra en 1835, y desde esa fecha hasta su muerte su amistad con el pensador inglés no parece haber sufrido quebranto alguno a pesar de los largos silencios de su correspondencia. Desde un comienzo los unió un interés común por los problemas de la democracia y de la libertad, los grandes temas alrededor de los cuales giraron las controversias de la filosofía política del siglo XI-X.

II

La correspondencia contiene 36 cartas que van desde 1835 hasta la muerte de Tocqueville. Los temas objeto de discusión son preferentemente los intelectuales y los políticos y sus afinidades los lleva a paradójicos cruzamientos. Tocqueville es un estudioso y un admirador de la historia y de las instituciones políticas de Inglaterra y Mill un fino analista de la cultura gala. El escritor inglés mira con respeto la tradición del pensamiento francés y sigue de cerca las controversias intelectuales de París. "Amo a los franceses" le escribió en una ocasión a su amigo del otro lado de La Mancha (p. 44). Estudia con detenimiento a sus historiadores —Guizot y Michelet—, a sus escritores —De Vigny y Armand Carrel— y al fundador de la sociología: Comte. Con este último sostuvo estrechas relaciones por algunos años y en 1865 le dedicó dos extensos ensayos dirigidos a discutir su filosofía y a delimitar las identidades y diferencias de su propio pensamiento con el del positivismo⁴.

Las cartas comienzan en junio de 1835, en pleno viaje de Tocqueville con su amigo Beaumont por Inglaterra camino de Irlanda⁵. Tocqueville ha salido de Londres para Coventry y le ha dejado a su amigo un ejemplar de la primera parte de *La democracia en América*. Mill se entrega a su lectura y a los pocos días escribe una entusiasta recensión —no exenta de críticas— para la *London Review*. En estas primeras cartas, Tocqueville es el *autor* y Mill un lector reverente, un alumno, que no encuentra adjetivo para ensalzar los logros intelectuales de su amigo. Entre los dos hay menos de un año de diferencia: Tocqueville nació en París en julio de 1805 y Mill en Londres en mayo de 1806. Tocqueville domina el inglés y Mill habla y escribe un excelente francés. Cuando éste le envía su extensa recensión de *La democracia*, aquél le responde alborozado: "Vuestro artículo... contiene más alabanzas... de las que yo pudiera desear a un autor". Y con reconocimiento apunta que de todos aquéllos que se han ocupado del libro, "sois el único que me ha comprendido *enteramente*. [Además] vuestras críticas... instruyen sin nunca herir" (pp. 50 y 51)⁶.

4 Publicados años después como libro con el título de *Auguste Comte y el positivismo*, Aguilar, Madrid, 1972.

5 Algunos pasajes de este viaje han sido traducidos por el profesor Fernando Cubides de la Universidad Nacional de Colombia. Véase Alexis de Tocqueville, *Viajes por Inglaterra e Irlanda*, Lectura Adicional No. 614 (mimeografo), Departamento de Sociología, Bogotá. El texto completo se encuentra en A. de Tocqueville, *Voyages en Angleterre et en Irlande*, Gallimard, 1982.

6 Esto último constituye una vívida anticipación de las pautas de conducta que deben regir el comportamiento de los científicos sociales respecto del trabajo de los colegas. Durkheim diría algo parecido sesenta años después en el prefacio

Aprovechando el calor de estos primeros intercambios, Mill explora la posibilidad de que Tocqueville se convierta en un colaborador permanente de la *London Review*. Después de algunas vacilaciones el francés envía a su amigo el trabajo "El estado social y político de Francia antes y después de 1789", que en muchos aspectos anuncia el contenido y alcance del libro que publicará veinte años después: *El antiguo régimen y la revolución*. El ensayo, dirigido a los lectores ingleses para introducirlos en las especificidades del caso francés, era un agudo análisis de la organización política y de la estructura de clases de la nación gala anterior a la revolución. Su lógica interna era clara y constituye una buena muestra del método seguido por Tocqueville como analista social. Intentaba responder a las preguntas: a) ¿cómo era la sociedad francesa antes de la revolución?, b) ¿qué quiso cambiar la revolución?, y c) ¿cómo fue la sociedad después de la revolución? Esto es, seguía de cerca el razonamiento típico del diseño experimental antes-después de las ciencias naturales. La revolución era para él una variable independiente que surgía en un determinado momento para promover mutaciones en la estructura de la sociedad. Pero a pesar del procedimiento, Tocqueville llegaba a conclusiones paradójicas. Si bien era consciente de que la historia no mostraba "una revolución más poderosa, más rauda, más destructiva y creadora" que la francesa, estaba a su vez seguro de que "todo lo que la revolución hizo se hubiese hecho sin ella", pues las cosas que se habían logrado con su concurso estaban implícitas en el pasado, sólo que no se les había dado la oportunidad de alcanzar un desarrollo natural. A su juicio, la revolución fue sólo un procedimiento violento y rápido de un proceso que se venía gestando con inusitado vigor en el antiguo régimen⁷.

El esfuerzo quedó sin embargo truncado. El trabajo que Mill publicó en su revista en 1836 era sólo la primera parte: el "antes" de 1789. El "después" nunca fue redactado a pesar de las súplicas de John Stuart. Tocqueville se entrega ahora de lleno a la redac-

al primer volumen de *L'Année Sociologique* al introducir la sección de reseñas bibliográficas: "El crítico debe convertirse en el colaborador del autor que estudia, y en un colaborador agradecido; pues por poco que sea lo que quede de un libro es algo ganado para la ciencia". Esto —a su juicio— era la forma de superar "la concepción corriente que hace del crítico una especie de juez que dicta sentencias y clasifica los talentos". Véase Emile Durkheim, *Las reglas del método sociológico y otros escritos sobre filosofía de las ciencias sociales*, Alianza, Madrid, 1988, pp. 221 y 222.

7 Véase "El estado social y político de Francia antes y después de 1789", en Alexis de Tocqueville, *Inéditos sobre la revolución*, Seminarios y Ediciones S. A., Madrid, 1973, pp. 261 y 262.

ción de la segunda parte de *La democracia en América* dejando de lado su ensayo inacabado. Además, un nuevo demonio ha comenzado a ganar su corazón: la incursión en la política activa de su país. Pero el ensayo tenía otra faceta que debe ser subrayada. Cuando Mill supervisó la traducción al inglés quedó impresionado por la "claridad y simplicidad" de la escritura de su amigo. En realidad allí Tocqueville había plasmado lo mejor de su estilo, ese clima de claridad y serenidad clásicas que ha cautivado a generaciones de lectores. Y aunque Sainte-Beuve lo encontraba a veces falto de brillo, no ahorraba adjetivos para calificarlo de "sólido, firme e ingenioso" (p. 8).

En abril de 1840 aparece la segunda *Democracia* y una vez que Mill la recibe, su entusiasmo no es menor que el de cinco años atrás. Se vuelca sobre ella y el 11 de mayo de 1840 le escribe a su amigo de París: "Habéis cambiado el rostro de la filosofía política". Pero el éxito fulgurante de la primera *Democracia*, cuando se publicaron tres ediciones en un solo año, no se repitió en 1840. El público recibió la obra con frialdad y la tachó de abstracta, teórica y general. Ya no era la descripción detallada del caso norteamericano sino la exposición de una teoría de la democracia donde Norte América seguía siendo el marco, pero nunca el tipo acabado de democracia que a juicio del autor estaba todavía por construirse. "Partiendo de las nociones que me proporcionan las sociedades americana y francesa —le explica Tocqueville a su corresponsal—, he querido pintar los rasgos generales de las sociedades democráticas de las que no existe aún ningún modelo concreto" (p. 100). Ahora cobraba mayor fuerza el sociólogo frente al historiador; el analista de lo singular y de lo particular de la primera *Democracia* pasaba a un segundo plano. En este momento estaba más interesado en las relaciones globales de la democracia con las costumbres, la vida intelectual, la organización política y la cultura del mundo occidental⁸.

8 Suficiente información sobre la recepción e impacto de las dos entregas de *La democracia en América* se encuentra en André Jardin, *Alexis de Tocqueville 1805- 1859*, Fondo de Cultura Económica, México, 1988, parte II. En conjunto, el volumen de Jardin es preciso, rico en datos y en fuentes y de exposición sobria, donde no faltan los apuntes críticos respecto del pensamiento o de las actuaciones de su héroe. Ante este trabajo, el viejo texto de Jakob-Peter Mayer, *Alexis de Tocqueville: estudio biográfico de ciencia política*, Tecnos, Madrid, 1965, se ha hecho ingenuo, piadoso y meramente divulgador (la edición original en inglés data de 1939). No en vano los estudios tocquevillianos han sufrido una revolución en los últimos cuarenta años.

En los pueblos de habla española *La democracia* se difundió rápidamente. Siguiendo la modalidad de la edición francesa, en 1837 el español D. A. Sánchez de Bustamante tradujo la primera entrega en dos volúmenes y en 1842 el colombiano Leopoldo Borda vertió la segunda en dos sobrios tomos⁹. En la Argentina ocurrió otro tanto. Bernardino Rivadavia tradujo parte del libro en el destierro y Sarmiento lo tuvo muy cerca cuando redactaba el *Facundo*, llegando a escribir en su introducción de 1845, que “a la América del Sur, en general, y a la República Argentina, sobre todo, le ha hecho falta un Tocqueville [que] viniera a penetrar en el interior de nuestra vida política, como en un campo vastísimo y aún no explorado ni descrito por la ciencia, y revelase a la Europa, a la Francia, tan ávida de fases nuevas en la vida de las

- 9 Alejo de Tocqueville, *De la Democracia en América del Norte*, Rosa, París, 1837, 2 Vols. (edición “adornada con un mapa”); y Alejo de Tocqueville, *De la democracia en América*, Librería de D. Vicente Salvá, París, 1842, 2 Vols. Leopoldo Borda (1816-1885), “abogado de la República de la Nueva Granada”, era un próspero comerciante que había participado activamente en la política de la década del cuarenta y del cincuenta. Durante sus últimos años vivió en Europa, donde murió. Su traducción estaba dedicada al comerciante, hacendista y político liberal José María Plata, nacido en 1811 y muerto en Bogotá en la guerra civil de 1861. La versión de Borda fue muy popular en los medios intelectuales de la Colombia del siglo XIX. Jaime Jaramillo Uribe —que no la registra— escribe que el libro de Tocqueville “tuvo amplia circulación... a mediados de siglo e influyó mucho en las ideas de la generación de 1850” (véase J. Jaramillo Uribe, *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*, Temis, Bogotá, 1964, p. 48). La obra fue leída por los hermanos José María y Miguel Samper, por Miguel Antonio Caro, Sergio Arboleda, Salvador Camacho Roldán, Aquileo Parra y Rafael Núñez. Algunos de ellos conocieron inclusive *El antiguo régimen y la revolución*. Lo mismo ocurrió con Florentino González, Mariano Ospina Rodríguez y José Eusebio Caro, de una generación anterior. Y aunque no es fácil determinar una motivación directa, el viaje de 1887 de Camacho Roldán por los Estados Unidos repite algunos tramos del itinerario americano de Tocqueville y Beaumont: Nueva Orleans, el Mississippi, Cincinnati y Pittsburgh (véanse sus *Notas de viaje*, Bogotá, 1890). Cabe recordar, además, que Efraín tenía un ejemplar de *La democracia* en su biblioteca (*María*, C. XXII). Todavía en *Idola fori* de Carlos Arturo Torres (1909) se encuentra un eco decimonónico del libro de Tocqueville (véase C. VI). Esto indica que está por hacerse un estudio sobre Tocqueville en Colombia. Cosa semejante ocurre con su amigo Mill, igualmente conocido por los pensadores colombianos del siglo XIX. Núñez le escribió un obituario y siendo presidente de la República recomendó el estudio de la *Lógica* en la universidad. Y también fue traducido en nuestro medio. En 1873, el señor Aureliano González T. vertió al español su libro sobre el utilitarismo (*El principio de utilidad*, Imprenta de Echeverría Hermanos, Bogotá), y en 1865 Florentino González tradujo *El gobierno representativo*, publicado en Valparaíso (Chile) por S. Toren en la imprenta de *El Mercurio*.

diversas porciones de la humanidad, [el modo de ser latinoamericano] que no tiene antecedentes bien marcados y conocidos¹⁰. Los colombianos hallaron en Tocqueville la imagen de una Norteamérica digna de ser imitada, el ejemplo de una sociedad igualitaria y progresista, con una gran valoración por el trabajo, la riqueza y la libre iniciativa. Encontraron en su libro una nación de pequeños propietarios sin tradiciones aristocráticas al frente de la cual se había afirmado un Estado comprometido con la descentralización, el progreso, la democracia y la tolerancia religiosa. Otros vieron en él a un liberal refrenado, apacible, ajeno a las convulsiones revolucionarias y amigo de las leyes y de las costumbres y muy sensible al papel de la religión como agente de cohesión social. Todos estos usos eran legítimos: en Tocqueville hay muchas facetas.

III

A medida que la correspondencia avanza, Mill parece cobrar más confianza en sí mismo. Si el 11 de mayo de 1840 todavía le manifestaba a su amigo que “no hay hombre vivo en Europa a quien estime más altamente ni de cuya amistad me sienta más orgulloso que vos”, al año siguiente toma un rumbo diferente. Y en esta oportunidad por cuestiones políticas. Con ocasión de las consecuencias del famoso tratado de 1840 entre Inglaterra, Austria, Rusia y Prusia sobre la “Cuestión de oriente” —la repartición de la influencia de las naciones europeas en Egipto y Turquía que desconocía los intereses de Francia—, el señor de Tocqueville da rienda suelta a su nacionalismo, y en una carta que él mismo califica de ligera y confusa, le escribe a Mill: “La nación [francesa] está triste y humillada... El orgullo nacional es el sentimiento más grande que nos queda; es necesario, sin duda, buscar el regularlo y modelarlo en sus desviaciones, pero es necesario evitar que mengüe” (pp. 101 y 109). Mill comprende su inquietud y desvía la discusión en una dirección contraria a la de los orgullos nacionales. Defendiendo una actitud afincada en el universalismo de la cultura occidental, le habla sobre los peligros de considerar la pasión nacional como el único sentimiento de calidad para motivar un pueblo. “En nombre de Francia y de la civilización —le escribe a Tocqueville—, la posteridad tiene el derecho de esperar de hombres como vos, con el más noble y más ilustrado espíritu de la época, que enseñen a sus compatriotas mejores ideas de lo

10 Domingo F. Sarmiento, *Facundo o civilización y barbarie*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1977, pp. 9 y 10.

que constituye la gloria nacional y la importancia nacional que las bajas y envilecedoras que parecen tener actualmente” (p. 114). Para Mill la importancia real de un país no reside en la ostentación colérica de su “honor”, sino en la calidad de su industria y de su instrucción, en las fuentes de su moralidad y en las virtudes de su gobierno. Lo demás es sólo y puro alarde de fuerza¹¹.

Tocqueville no parece haber respondido a estas observaciones cálidas y enfáticas de su amigo. De todas maneras, la confianza de Mill cobra mayor fuerza cuando en 1843 aparece su *Lógica*. A partir de este momento él también es un *autor* que espera recibir manifestaciones de apoyo parecidas a las que antes había prodigado al creador de *La democracia*. Y éstas no se hacen esperar. “Es un hermoso y gran trabajo” le escribe Tocqueville el 27 de agosto de 1843. Su corresponsal de París está además muy impresionado por el estilo y la mesura que reina a lo largo de toda la obra. En ella descubre “una sencillez, una consistencia y una claridad de pensamiento que encuentro admirables... La sobriedad y el vigor de la expresión... se encuentran allí [también] en muy alto grado”. Y al evocar la traducción que el mismo Mill había auspiciado de su ensayo de 1836, le recuerda que ha “encontrado el mismo estilo en los dos volúmenes que [acaba] de leer”. Esto es, la afinidad de escrituras ha llegado a su más alto nivel y el profesor parece encontrar en su alumno y confidente su propia superación. Y en relación con los acuerdos fundamentales, Tocqueville menciona con tino una de las contribuciones centrales del libro: la aplicación de la lógica al estudio del hombre. Y lo instiga a seguir trabajando en esa dirección, pues sabe que la ciencia de la sociedad y sus métodos apenas han comenzado a dar sus primeros pasos.

Mill se siente colmado con estos reconocimientos y experimenta un gran placer al saber que Tocqueville comparte sus preocupaciones relacionadas con la urgencia de perfeccionar los métodos de las ciencias sociales. Pero su autoestima crece aún más cuando toma conciencia de que los aplausos provienen de uno

11 Años después, cuando el fragor del nacionalismo europeo estaba en la cúspide, Durkheim sostuvo una idea semejante. En un curso profesado en la Universidad de Burdeos entre 1898 y 1900 sobre la “Física de las costumbres y del derecho”, el fundador de la escuela francesa de sociología escribió: “Las sociedades pueden basar su amor propio no en ser las más grandes o las más pudientes, sino en ser las más justas, las mejor organizadas, las que poseen la mejor constitución moral”. Véase Emile Durkheim, *Lecciones de sociología*, La Pléyade, Buenos Aires, 1974, p. 122.

de los pocos hombres que “han proporcionado servicios verdaderamente importantes a esta ciencia” (p. 130). Mill apuntaba en la *Lógica* que a diferencia de otros tipos de conocimiento, en la esfera social no había leyes propiamente dichas, sino aproximaciones y meras tendencias. Allí la explicación siempre resulta de la consideración de las diversas y cambiantes circunstancias en las cuales surge un fenómeno que al final no es capaz de escapar a sus propias particularidades. Y en la misma carta, Mill lo interrogaba a quemarropa: “¿Qué hacéis?, ¿os consagrais ahora únicamente a la política? Lo sentiría mucho, pues aun apreciando altamente el valor de la cátedra política (si se me permite esta expresión) creo que hay más hombres capaces de hacer lo poco que se puede hacer actualmente en la vida pública que los que hay que puedan escribir libros como los que pudiérais hacer”. Ahora Tocqueville era miembro de la cámara de diputados de Francia. Desde 1839 había sido elegido por el distrito de Valogne en el departamento de la Mancha, donde se encuentra la heredad que había recibido de sus mayores: el castillo de Tocqueville. Este mismo distrito lo sostendrá en su escaño por ocho años más, hasta el 2 de diciembre de 1851, cuando “Napoleón el pequeño” protagoniza el golpe de Estado —“el 18 brumario de Luis Bonaparte”— y disuelve el parlamento. A esta insinuación, que tocaba lo más íntimo de su ser, tampoco respondió Tocqueville. Conocemos, sin embargo, que el asunto hacía parte de sus torturas interiores. Por sus *Recuerdos* sabemos que evaluaba sus actividades políticas con severidad y que el sentimiento de fracaso e inutilidad surgía en su mente con frecuencia. En ellos escribió con desasosiego: “L-os nueve años que había consumido bastante lamentablemente en las últimas asambleas de la monarquía...”¹². El sabe que es como autor y no como estadista que dejará alguna huella, pero también sabe que la política es la posibilidad misma de la realización de la *ambición*. “La idea de ocupar un cargo [un ministerio] halagaba a la vez mi honestidad y mi orgullo”. Quería ofrecerle un servicio a su país, pero además —por qué no decirlo— “engrandecerse” a sí mismo¹³.

12 Alexis de Tocqueville, *Recuerdos de la revolución de 1848*, Editora Nacional, Madrid, 1984, p. 269.

13 *Ibid.*, pp. 236 y 316. Mill también participó en la política activa de su país, aunque por un periodo más corto. En 1865 fue elegido al parlamento (a la Cámara de los Comunes) por el distrito de Westminster, puesto que ocupó hasta 1868 cuando fue derrotado. Era una “ocupación menos adecuada a mi carácter”, escribió en su *Autobiografía*, Alianza, Madrid, 1986, p. 261.

En la misma carta, Mill le pregunta en forma premonitória si no ha pensado escribir algo sobre Francia con la misma extensión con que lo había hecho sobre América. Y regresando una vez más sobre el ensayo inacabado de 1836, le recuerda que allí hay un campo inexplorado que es necesario abordar para una mejor inteligencia de los procesos más recientes de la sociedad europea: las consecuencias de la revolución de 1789. El camino del segundo gran libro de Tocqueville —sobre el cual ya había pensado— quedaba así ratificado por su amigo de Londres, pero todavía faltaban siete años para ser transitado. Estamos en 1843 y *El antiguo régimen y la revolución* sólo sería objeto de reflexiones sistemáticas a partir de 1850.

Después de 1843, el intercambio de cartas es escaso. En 1847 hay una solitaria misiva y nueve años después hay tres relacionadas con el envío de *El antiguo régimen y la revolución*. ¿No le envió Mill en 1848 un ejemplar de sus *Principios de economía política*? Tal vez no, la economía no era el “fuerte” de Tocqueville. Parece entonces que sus cartas sólo tenían sentido en relación con libros cuyo contenido podían compartir. No hay por ejemplo misivas sobre los convulsionados años de la revolución de 1848, en los cuales Tocqueville tuvo una actuación bastante pronunciada, o sobre su desempeño como ministro de Asuntos Extranjeros en 1849. Nada se encuentra igualmente sobre su primer ataque de tuberculosis de marzo de 1850, sobre su viaje a Italia y su estadía en Sorrento o sobre las tropelías de Napoleón III y los primeros años del Segundo Imperio, aunque es cierto que en una misiva del 10 de octubre de 1856 le hace saber que le hablaría de buena gana de la situación de Francia si no temiera que sus cartas fueran confiscadas. En sus *Recuerdos* tampoco se registra el nombre de su amigo de Londres. Las cartas sólo vuelven a aparecer cuando se publica *El antiguo régimen y la revolución*.

Tocqueville le envía una copia el 22 de junio de 1856 con una esquela donde deplora que hayan perdido la costumbre de escribirse. “Quisiera que el libro adjunto me reintegrara a vuestra memoria”. Mill tarda en responderle, ha salido de viaje para Suiza y sólo recibe el libro a su regreso. Pero cuando lo tiene en sus manos, lo lee “sin dilación”, para volver sobre él por segunda vez, ya que “contiene demasiadas cosas” y no es fácil formarse una idea adecuada de su contenido. Al final se hace a su mensaje y rápidamente se deja ganar por la escritura tocquevilliana: “Visto solamente como un capítulo de historia universal, me parece uno de los más bellos que hayan sido hechos jamás...”. Y, remitiéndose

al objetivo central del volumen que sin duda traducían su consejo de 1843, agrega: "Habéis dado un paso importante en la explicación del estado actual de las cosas al mostrar sus raíces en [el] pasado". En su concepto, *El antiguo régimen* no dejaba nada que desear en relación con *La democracia*, y como pocos autores han sido capaces de hacerlo, su amigo superaba a los 51 años los éxitos juveniles con una segunda contribución de valor y calidad independientes. Tocqueville le responde con frenesí que "no hay nadie cuya opinión me importe más que la vuestra... En tanto que yo no había sido aprobado por vos no me sentía seguro de haberlo hecho bien" (p. 138). Y a continuación le recuerda que la amistad ha superado ya los veinte años. Se habían conocido en 1835 y aún se necesitaban: la opinión del otro era definitiva para el concepto que cada uno tuviera de sí mismo.

Pero aún falta una carta, la última, la del 9 de febrero de 1859. Está escrita en Cannes y apenas tiene dos párrafos que no suman más de 16 renglones. En ella le agradece a Mill el envío de su libro *Sobre la libertad*, y con cierta ingenuidad le comunica que por problemas de salud —que parecen rutinarios por el tono de la redacción—, ha tenido que trasladarse al sur de Francia huyéndole a los rigores de la estación invernal. Con igual inocencia le pregunta a su amigo que si es cierto que ha "tenido la desgracia de perder a la señora Mill". Pero el hecho real es que el autor de *La democracia* está enfermo, grave. Apenas puede moverse y siempre está acompañado de una enfermera. Muere en Cannes el 16 de abril de 1859, dos meses después de haber enviado su última carta a John Stuart Mill.

La ironía de todo esto es que Tocqueville no logró leer el libro de Mill; y éste debió haber sentido una de sus más profundas congojas al encontrar que el estudioso más notable de la democracia no había podido conocer y comentar su contribución más significativa al pensamiento occidental. A este dolor se sumaba sin duda la efectiva pérdida de su amiga, amante platónica, esposa y coautora, Harriet Taylor, fallecida igualmente en el sur de Francia, en Aviñón, el 3 de noviembre de 1858, un día después del apresurado paso de Tocqueville por la cercana Aix en dirección a Cannes¹⁴.

14 Sus trabajos han sido compilados en John Stuart Mill y Harriet Taylor Mill, *Ensayos sobre la igualdad sexual*, Península, Barcelona, 1973.

Mill le sobrevivió catorce años. Fue enterrado en la antigua ciudad de los papas junto a su adorada Harriet el 8 de mayo de 1873. Nuestro Rafael Núñez, que residía por aquellos días en Liverpool, le escribió un sentido y comprensivo obituario donde apuntaba “que la influencia de su poderoso intelecto no desaparecerá enteramente con él de la escena del mundo”¹⁵.

15 Rafael Núñez, *Ensayos de crítica social*, Imprimerie de E. Cagniard, Rouen, 1874, p. 400.

TEXTOS INEDITOS DE DURKHEIM

Emile Durkheim,
Educación y pedagogía: ensayos y controversias
(Bogotá: Icfes-Universidad Pedagógica
Nacional, 1990), 133 páginas, Trad. de
Inés E. Castaño y Gonzalo Cataño

La pregunta por la responsabilidad de la universidad en la educación social del país empezó a ser necesaria desde los inicios de la sociedad moderna, cuando la idea de progreso se convierte en el ineludible punto de referencia de toda educación, tanto en su concepción como en su articulación pragmática. Desde entonces, a través de distintas disciplinas y miradas, tal pregunta ha obtenido las más disímiles respuestas. Pero entre ellas, la más difundida y acogida es la que, con diversos matices, asimila la universidad con la producción, enseñanza y difusión de la ciencia. Por ser, pues, la casa de la ciencia, la universidad es el motor del desarrollo y del progreso.

Esta vieja polémica, hoy revivida, entre otras cosas, por las dimensiones sociales que han adquirido la ciencia y la tecnología modernas, por un lado, y, por otro, las constantes exigencias políticas a la universidad, merece ser abordada con serios fundamentos teóricos que permitan rebasar las tradicionales discusiones maniqueas.

Como contribución a este y otros aspectos de la educación, el Icfes y la Universidad Pedagógica Nacional han publicado *Educación y pedagogía: ensayos y controversias* en traducción de Inés E. Castaño y Gonzalo Cataño (con una introducción de éste último y un prólogo del exdirector del Icfes, el historiador Marco Palacios). El volumen contiene un conjunto de textos del sociólogo francés Emile Durkheim hasta ahora desconocidos en español. De tales textos merece subrayarse "El papel de las universidades en la educación social del país", en el que se critica la visión monofuncional de la universidad en cuanto centro del quehacer científico, replegado sobre sí mismo y de espaldas a los conflictos sociales. Según Durkheim, la universidad debería ampliar su "círculo de influencia y utilidad sociales", y, para tal fin, tendría que mezclarse con la "vida pública",

pues las sociedades democráticas modernas son las que más demandan del auxilio de una cultura científica. Gracias a esta cultura científica es posible una “moderna reflexión” sobre lo que Durkheim denomina “educación moral”, cuyo fundamento es la solidaridad y que constituye, también, una responsabilidad de la universidad, pues se trata no sólo de incidir sobre la inteligencia sino, de igual modo, sobre las voluntades.

Lo anterior es un verdadero reto pedagógico para las universidades, sobre todo para aquéllas cuyas facultades tienen la responsabilidad de la formación de los educadores, inspiradas tanto en el espíritu científico como en el democrático, pues, como dice Durkheim, “por esencial que sea la obra científica de las universidades, ellas no deben perder de vista que son, ante todo, establecimientos de educación. Tienen que jugar en la vida del país un papel que no deben eludir. No deben permanecer alejadas de ninguno de los movimientos del espíritu público”. De esta manera, concluye con este interesante texto: “El pueblo, sintiéndose en continua relación con ellas, no soñaría siquiera con preguntarse para qué sirven y si, en rigor, no constituyen una especie de lujo del cual bien podría prescindirse” (p. 126).

Sin duda, Durkheim se ocupó de la historia de las teorías pedagógicas dejando como testimonio de ello varios esquemas de lecciones y notas de cursos que, de cierto modo, constituyen una historia de los principales teóricos de la pedagogía a partir del Renacimiento. En tales lecciones y cursos aparecen, entre otros, Comenius, Pestalozzi, Herbart y Rousseau. Justamente el esquema de un curso que preparó sobre Rousseau, publicado inicialmente en la *Révue de Metaphysique et de Morale*, es otro de los textos interesantes que incluye esta publicación. Se trata de la “Pedagogía de Rousseau”, unas notas sueltas que Emile Durkheim dejó a mitad de camino y que, al parecer, harían parte de un trabajo más profundo y sistemático sobre el *Emilio* de Rousseau. Algunas de las ideas expuestas allí son:

La pedagogía se enriquece en la medida en que vuelve su mirada hacia la infancia, aquí está su base de sustentación. Con Ferdinand Buisson (a quien reemplaza Durkheim en la cátedra de ciencias de la educación de la Sorbona), esta infancia es mirada en el sentido de debilidad, de imperfección, de incompletud, es vista con referencia a un ideal que le es superior: el hombre. La educación tenderá siempre a la creación y conquista de este supremo fin.

El niño frente a la educación buscará la superación de sus múltiples imperfecciones, el dominio de sus tendencias inmaduras, la conquista de su verdadero ideal, que es el hacerse hombre. Sin embargo, hay en todo esto una idea que parece ser la antítesis de esta búsqueda, idea por lo demás bastante remarcada por Durkheim cuando afirma que “la primera ley de la pedagogía es adaptar con la mayor exactitud a la medida del niño la educación que le damos” (p. 21).

Muy diferentes son las ideas de Rousseau presentadas aquí bajo la mirada crítica de Durkheim: el niño no es un hombre en miniatura. El niño no es un hombre en proceso. Sencillamente, es un niño con todas sus características propias y autónomas. Para Rousseau el estado ideal es la infancia, es el estado de naturaleza pura y total. El hombre, por el contrario, ya ha sido corrompido y deformado por la sociedad. ¿Cuál es entonces el sentido de la educación para Rousseau? Todo su *Emilio* se dedica a defender para la infancia, hasta los doce años, una forma educativa que no choque con sus naturales tendencias. El niño debe ser educado en total contacto con la naturaleza y es esta la mejor manera de permitirle desarrollar su infancia. Nada de moral o normas sociales, nada de afán por hacerlo hombre. Ya llegará el momento en que, saliendo de su infancia, hallará la necesidad de unirse a la sociedad. Durkheim cita un conjunto de textos en los que Rousseau desarrolla estas ideas, pero a su vez señala las contradicciones en las que cae, especialmente cuando trata de fundamentar una educación que compagine con sus puntos de vista acerca de la infancia. Señala entonces aspectos como los que marcan la contradicción entre el sentido natural de la infancia y los inevitables condicionamientos sociales que le son impuestos al hombre: normas, deberes, derechos, moldeamientos.

Son estos condicionamientos sociales los que parecen marcar una ruptura, no sólo con Rousseau, sino también con Kant, Herbart y Spencer, para quienes la educación tiene como objeto fundamental la perfección del individuo en cuanto manifestación de la especie humana. Por ejemplo, para Kant “en la educación se encuentra el gran secreto de la perfección de la naturaleza humana”. Gracias a la educación el hombre llega a ser hombre. Bien conocida es la reacción de Durkheim ante este concepto individual de la educación. ¿Cómo resuelve entonces la pedagogía esta contradicción? ¿Buscar al niño en el niño? ¿Buscar al hombre en el niño? ¿Buscar al niño en el hombre? Importantes preguntas que han hecho que las ideas de Rousseau trasciendan la historia de la pedagogía y aún hoy sigan marcando caminos.

Los otros textos que completan la obra son: “La Educación como fenómeno social”, “Debate sobre la educación sexual”, “Debate sobre los internados y la Escuela Nueva”, “La familia, la escuela y la autoridad” y “La escuela del mañana”. Todos ellos muestran un Durkheim polémico, crítico de los fenómenos sociales, para quien las investigaciones no tendrían sentido si sólo fueran meras “especulaciones”. Y todos ellos, a la vez tratados con un estilo propio y desde la perspectiva de la sociología de la educación, de la que el autor es su fundador. Y como apunta Maurice Debesse, en su prefacio a una reciente edición de *Educación y sociología*, “en medio de todo es privilegio de los clásicos el conservar un interés siempre actual a través de problemas que han tocado y que no han dejado de preocuparnos. Cuando Durkheim escribe ‘las transformaciones profundas a las que han sido sometidas o a las que se ven actualmente sometidas las sociedades contemporáneas, requieren las transformaciones correspondientes dentro del campo de la educación nacional’, ¿cómo podríamos nosotros no sentirnos aludidos? Y cuando añade: ‘Ahora bien, si sabemos perfectamente que son necesarios determinados cambios, lo que no sabemos de manera concreta es cuáles deben ser éstos’, ¿quién podría atreverse a afirmar de forma perentoria que han sido encontradas hasta el momento presente soluciones verdaderamente satisfactorias?”.

Finalmente, hay que decir que estos textos aparecen en nuestro medio académico en un momento de replanteamientos y de búsquedas, de cuestionamientos y de reflexiones acerca de la educación y de la pedagogía, de sus relaciones, del papel de la escuela en general y de la universidad en particular, y de la responsabilidad del educador ante la sociedad civil. En este sentido va el reconocimiento que hace el profesor Gonzalo Cataño en la Introducción de la obra cuando afirma que “la publicación de estos textos de Durkheim aparece en nuestro medio en un momento de renovado interés por el contenido y alcance de la pedagogía. Profesores, investigadores y estudiantes de las facultades de educación, además de las organizaciones magisteriales, han estado promoviendo durante estos últimos años encuentros y congresos sobre diversos aspectos de la educación” (p. 9).

Tomás Antonio Vásquez A.
Universidad Pedagógica Nacional

